

Estados Unidos 2008: Los demócratas, el libre comercio y América Latina

Robert Matthews,
Investigador Asociado, FRIDE

Los candidatos presidenciales demócratas y republicanos tienen visiones radicalmente diferentes sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) y el libre comercio. El senador John McCain ha demostrado una convicción consecuente y prácticamente absoluta en los mutuos beneficios de los acuerdos de libre comercio para todos los interesados. Los demócratas han sido más críticos, tendencia que ha aumentado de manera progresiva, ya que muchos de los acuerdos fueron suscritos durante el impulso dado por la administración Clinton al TLC en 1994. Aunque los contendientes demócratas a la presidencia estadounidense presentan posiciones sorprendentemente similares sobre la cuestión del libre comercio con América Latina, este artículo tratará de analizar algunas de las diferencias entre los dos candidatos con el objetivo de ofrecer pistas acerca de cómo cada uno podría actuar al respecto si alcanzara la presidencia. El grado de candor y coherencia de cada candidato manifestado en los debates sobre estos asuntos también marca una diferencia entre ambos y ofrece indicios sobre el grado de confianza que se puede depositar en sus actitudes y la retórica pre-electoral como guía para su acción futura.

El núcleo de la política económica de Estados Unidos hacia América Latina en las dos últimas décadas ha consistido en la promoción del libre comercio. Tras aprobar el TLC en 1994 bajo la presidencia de Bill Clinton, el eje central de esta política ha sido el esfuerzo por extender el TLC al resto de los países latinoamericanos en un Área de Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA). La administración Bush ha favorecido el acuerdo del ALCA como si fuera la receta mágica para el subdesarrollo de América Latina, de la misma manera que los conservadores rebajan drásticamente los impuestos para los ricos como panacea para la recesión económica. Pero Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía y ex directivo del Banco Mundial, califica las recetas neoliberales como un completo error en cualquier sentido práctico para la mejora de las condiciones de vida de las personas. Los países que siguieron el consejo de Estados Unidos y sus aliados en el FMI y el Banco Mundial “de hecho han empeorado sus condiciones respecto del pasado”. Stiglitz señala que “el crecimiento en América Latina [en los últimos veinte años] es sólo la mitad del que alcanzaron en los años cincuenta, sesenta y setenta, antes de que les enseñáramos lo que tenían que hacer”. Actualmente, el plan de la administración Bush para un acuerdo de libre comercio en todo el hemisferio inicialmente proyectado para 2005, está en ruinas. De hecho, Washington parece más interesado ahora en lograr acuerdos bilaterales en América Latina.

En la actualidad, existe un deseo manifiesto entre los gobiernos latinoamericanos de diversificar, como poco, su dependencia de Estados Unidos. Por ello, están cortejando el comercio y las inversiones no estadounidenses, en particular de Asia y Europa. China, por ejemplo, se ve a la vez como un contrapeso económico y político a la hegemonía de Estados Unidos. Los chinos, mientras que expanden silenciosamente su presencia económica en la región - sobre todo en busca de las materias primas de América Latina para sus industrias - se enfocan en un desarrollo cooperativo, un bajo perfil y la no interferencia en los asuntos internos. A pesar de las dudas sobre el comportamiento de China en materia de derechos humanos, su enfoque fundamentalmente hace eco en los nuevos líderes populistas latinoamericanos, mientras que la administración Bush lucha por mantener su relevancia con los argumentos neoliberales y de libre comercio, de dos décadas de antigüedad.

Ciertamente, Estados Unidos aún desempeña un papel político y económico predominante en el hemisferio. Brasil importa seis veces más de Estados Unidos que de China y las remesas enviadas por los emigrantes en Estados Unidos a varios países latinoamericanos se aproximan a los 50.000 millones de dólares. Sin embargo, mientras que el comercio de América Latina con China aún representa sólo el 10 por ciento del total (frente al 50 por ciento de Estados Unidos), el valor de las importaciones de China desde América Latina aumenta un 60 por ciento anualmente. El comercio bilateral entre China y América Latina se multiplicó asombrosamente por 350, de 200 millones de dólares en 1975 a 70.000 millones en 2006, y se calcula que alcanzará los 100.000 millones en 2010. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), dependiente de la ONU, entre el 2000 y el 2006 Brasil multiplicó por seis sus importaciones de China, llegando hasta 8.000 millones. Caracas ha firmado varios acuerdos comerciales y de cooperación con Beijing, al igual que con Nueva Delhi. El presidente Hugo Chávez, con el fin de diversificar la aún fuerte dependencia del mercado de Estados Unidos, ha declarado que le gustaría que Venezuela se convirtiera en una de las principales fuentes abastecedoras de las necesidades de petróleo de China. Aunque todavía representa un bajo porcentaje de la producción de Venezuela (3 por ciento), las importaciones chinas de crudo venezolano se han multiplicado por seis entre 2004 y 2007. China es el segundo mayor mercado de Chile. Algunos congresistas estadounidenses ven a China como "el reto más serio a los intereses de Estados Unidos en la región desde el colapso de la Unión Soviética".¹ Por su parte, China ha mantenido una posición discreta, reconociendo tácitamente que se trataba de la esfera de influencia de Estados Unidos sin retar abiertamente sus intereses. Sin embargo, tampoco ha evitado mantener lazos amistosos con Cuba y Venezuela ni fortalecer sus vínculos militares con varios gobiernos de la región.

Irán también ha iniciado su presencia en América Latina a través de Petropars, la empresa nacional iraní de gas y petróleo, por ejemplo, que estudia invertir 4.000 millones de dólares en la exploración y explotación de petróleo en Venezuela. Desde 2005, Chávez y el presidente iraní Ahmadinejad se han visitado mutuamente en siete ocasiones, y han firmado acuerdos en temas tan variados como la fabricación de tractores o la exploración de petróleo, y han establecido vuelos directos entre Caracas y Teherán.

Los europeos y los canadienses han aumentado su presencia diplomática y comercial en la región, al tiempo que señalan su convergencia con los valores políticos y sociales de América Latina y la naturaleza cooperativa, multilateral y de soft-power de sus políticas exteriores. Actualmente la Unión Europea es el segundo socio comercial de América Latina, y el primero en el caso de MERCOSUR y Chile. Sus cifras comerciales se multiplicaron por 2,5 entre 1990 y 2006; el comercio total de la UE con América Latina alcanzó 141.100 millones de euros (aproximadamente 177.200 millones de dólares) en el último año, con un aumento del 18 por ciento respecto de 2005.

¹ Hakim, Peter, "Is Washington Losing America?" *Foreign Affairs*, enero-febrero 2006.

Debido las negociaciones del TLC, el comercio seguirá aumentando sus niveles de intercambio de forma significativa. La Unión Europea, por ejemplo, ha suscrito ya acuerdos comerciales y de inversiones con México y Chile y ha firmado un “Acuerdo de Asociación Económica” con quince países de la Comunidad del Caribe. Actualmente negocia pactos comerciales con América Central y la Comunidad Andina. El primer ministro de Canadá, Stephen Harper, país que ya es el segundo inversionista en la región, ha calificado a América Latina como un foco de especial interés para su administración, y presenta a su país como una versión del capitalismo menos áspera y arrolladora que la de Estados Unidos. Ottawa está próxima a firmar un acuerdo de libre comercio con Colombia y mantiene conversaciones al respecto con varias naciones caribeñas. Los canadienses hace tiempo que empezaron a invertir en Cuba, especialmente en el sector hotelero y turístico, y en la actualidad tienen relaciones comerciales con la isla por más de 1.000 millones de dólares anuales.

TLC

Con este contexto geopolítico en año electoral, el debate demócrata sobre relaciones comerciales con el hemisferio se ha desarrollado prestando mucha más atención a los votantes estadounidenses de clase trabajadora, escépticos respecto del libre comercio. Los republicanos, por su parte, se han mostrado por lo general como defensores incondicionales del libre comercio durante décadas. El senador McCain, candidato republicano, apoya los acuerdos de libre comercio con cualquier país excepto los que se consideran riesgos para la seguridad de Estados Unidos y el CATO Institute le otorga un 100 por ciento en su historial de voto a favor del libre comercio. McCain ha mantenido consistentemente un apoyo total a los preceptos de capitalismo desbocado y el libre comercio en las Américas. Es el único candidato presidencial de ambos partidos que votó en 1994 el proyecto de ley sobre el TLC. Por tanto, con cualquiera de los dos candidatos demócratas en la Casa Blanca en 2009, habría claramente un mayor sentimiento proteccionista que con una administración republicana, aunque los que apoyan el libre comercio pueden tener algunas razones para la esperanza con Obama en la presidencia, que con Clinton.

Antes de la campaña, ninguno de los candidatos demócratas mantenía una posición destacada en asuntos latinoamericanos, ya fuera en el Senado o a través de sus escritos. Obama pronunció un discurso sobre la región en marzo de 2007, pero extrañamente, su página web ignora a América Latina. Durante las recientes primarias el tema del libre comercio, que resuena menos en el votante medio que la cuestión de la inmigración mexicana o una respuesta a la Venezuela de Chávez, no ha recibido mucha atención. Sin embargo, en este punto de la campaña, ambos candidatos demócratas se han distanciado del entusiasmo por el libre comercio mostrado por The Democratic Leadership Council (Comité de Liderazgo Demócrata), que representa al centro-derecha del partido y a su anterior líder, el ex presidente Bill Clinton. Ambos muestran menos fe en la ideología compartida por los dos principales partidos en los años noventa de que el comercio sin restricciones promueva beneficios a todas las partes en cualquier régimen. No comparten la aprobación automática de acuerdos comerciales neoliberales donde sea y cuando sea. Sin embargo, de forma más pragmática para la temporada electoral, se inclinan más a menudo por mantener que deben examinarse e incluso rechazarse los argumentos del libre comercio, fundamentalmente por su impacto en el empleo en Estados Unidos.

Por tanto, salvo el debate sobre el libre comercio con Colombia, con su terrible historial de violaciones de los derechos humanos, los demócratas han aparecido, de alguna manera, como localistas e indiferentes a las preocupaciones de los latinoamericanos. Un partido que, por lo demás, profesa una agenda internacionalista y de justicia social, ha orquestado el debate hasta ahora para restar importancia a los temas de derechos laborales, salud y regulaciones medioambientales en países que comercian con Estados Unidos.

La voz más proteccionista entre los candidatos presidenciales demócratas fue la de John Edwards. Después de que abandonara la carrera presidencial a finales de enero, tanto Barack Obama como Hillary Clinton han adoptado el mantra de oposición al libre comercio. Han sido especialmente críticos con el pacto comercial entre Estados Unidos, Canadá y México conocido como el Acuerdo de Libre Comercio de Norteamérica (TLC). Desde el voto sobre el TLC en 1994, el Partido Demócrata -si no siempre sus representantes en el Congreso- ha adoptado gradualmente una posición más proteccionista, cada vez más cauteloso respecto de los acuerdos comerciales, ya fueran bilaterales o multilaterales. Los sindicatos relacionan la pérdida de casi tres millones de empleos en el sector industrial en Estados Unidos desde 2000 con la liberalización y el libre comercio. Las dudas sobre los ventajas del libre comercio para los trabajadores, al igual que los vínculos entre el movimiento contra la guerra - tan importante para recuperar el Congreso en 2006 - y las fuerzas anti globalización, han reforzado esta tendencia. No obstante, debe tenerse en cuenta que el partido y sus actuales contendientes no tienen posiciones bien establecidas en torno a la cuestión del libre comercio, sin olvidar que ambos reciben fondos de las industrias del sector de exportación.

Obama y Clinton, opositores del libre comercio

En lo que respecta al TLC y a los acuerdos de libre comercio en general los dos candidatos demócratas raramente subrayan su oposición o su reticencia con un debate específico sobre los efectos económicos y sociales del libre comercio y la globalización en América Latina. Más bien, su argumento se centra en el supuesto impacto negativo en los trabajadores de Estados Unidos. Una idea importante de la campaña demócrata se centra en volver a captar a la acosada clase trabajadora (incluyendo a los llamados demócratas de Reagan), que han sufrido la pérdida de empleo y el hundimiento de sus horizontes económicos por la globalización y el alejamiento del capitalismo industrial de hace medio siglo. Tanto Obama como Clinton están haciendo campaña a favor de una gran cuota de proteccionismo como receta para enfrentar los problemas económicos de América.

A medida que las primarias se han desarrollado en estados en declive económico, como Ohio y Pennsylvania, los demócratas muestran su escepticismo respecto del romance de la administración Bush con el libre comercio, basando su crítica menos en las ventajas económicas que en las implicaciones socioeconómicas para Estados Unidos. Tanto Obama como Clinton han pedido recientemente mayor ayuda transitoria para los trabajadores desplazados.

Sería prudente políticamente -al menos en el corto plazo- para los aspirantes a la presidencia articular cómo "restablecerían la seguridad económica" de la clase media estadounidense. De hecho, Obama y Clinton han manifestado su apoyo al fortalecimiento del programa de Ayuda al Ajuste Comercial, considerado crucial para ayudar a los trabajadores estadounidenses desplazados por el comercio. Han mencionado, aunque no han concretado, sus ideas sobre inversión en infraestructuras, ciencia y energía alternativa (como lo ha hecho el candidato presidencial republicano, el senador John McCain) y han señalado la necesidad de incluir normas laborales, de seguridad y medioambientales sólidas en el comercio y en los acuerdos comerciales.

Quizá tengamos que esperar hasta la campaña de las elecciones generales, pero sería útil para los candidatos demócratas enfocar el TLC como una cuestión internacional, en lugar de como un tema interno y tratarlo con mayores matices. Ambos han prometido revisar el acuerdo del TLC y posiblemente modificarlo para mejorar las normas laborales. Clinton votó en contra de

la extensión de la Ley de Preferencia Comercial Andina en 2002. Y, a diferencia de Obama, ha expresado incluso su preferencia por congelar cualquier nuevo acuerdo comercial, calificándolo de “un pequeño respiro”. Los dos candidatos recalcan su oposición al Acuerdo de Libre Comercio República Dominicana-América Central de 2005 (RD-ALCAC, CAFTA por su sigla en inglés). Mientras que Clinton cuenta en su equipo con algunos defensores del libre comercio, como Robert Rubin, también tiene varios consejeros pro sindicatos y anti globalización del Economic Policy Institute y de la federación sindical AFL-CIO.

Hasta ahora, el votante blanco de clase trabajadora ha mostrado una tendencia a favor de Clinton, especialmente en Ohio y Pennsylvania. Hillary Clinton, por su parte, ha basado en buena medida su atractivo en proyectar la imagen de una “mamá de cuello azul” populista, en sintonía con los esfuerzos de la gente trabajadora ordinaria de las pequeñas ciudades y la América rural. Desde el inicio, ella ha sido capaz de obtener un amplio apoyo de los proteccionistas de AFL-CIO. Aunque apenas existen diferencias en su voto en el tema comercial en el Senado desde que Obama llegó en 2004, la retórica y visión de Obama antes de la campaña giró ligeramente hacia posiciones de libre comercio. Además, Austan Goolsbee, el principal consejero económico de Obama, es un defensor moderado del libre comercio y que reconoce al mismo tiempo la necesidad de suavizar la deslocalización de trabajadores. En la misma línea, Obama ha matizado su posición con una propuesta de incentivos fiscales para aquellas empresas que inviertan en el país. El respaldo sindical de Obama se inclina hacia el Service Employees International y el Teamsters, ninguno de los cuales está amenazado por tratados de libre comercio y, en el caso de éste último, incluso se beneficia de ellos. En contraste, la campaña de Clinton afirma que no tiene ningún economista profesional de estatura nacional y su campaña ha tomado una línea argumental más estridente contra el TLC. Sus consejeros en comercio incluyen a miembros de del Economic Policy Institute y del AFL-CIO (American Federation of Labour), ambos fervientes críticos del libre comercio.

Sin embargo, no debemos fiarnos demasiado de las posturas proteccionistas demócratas. En los años noventa el presidente Bill Clinton logró considerable apoyo de los dos principales partidos para el TLC y los principios del libre comercio. Incluso hoy, los argumentos de los candidatos demócratas contra los acuerdos de libre comercio parecen forzados, más como una estrategia electoral con el fin de captar para el partido a las familias trabajadoras de las zonas industriales tradicionales y los cinturones siderúrgicos. La crítica demócrata al libre comercio tampoco debe interpretarse como una postura de empatía hacia los agricultores latinoamericanos, campesinos pobres y de clase trabajadora, dañados por las consecuencias de las políticas de libre comercio neoliberales. Así, aunque la oposición de los candidatos demócratas al libre comercio encaja con las fuerzas progresistas anti globalización, no es una medida verdadera de posicionamiento ideológico o una indicación probable de lo que defenderían una vez en el poder. Sin embargo, el cheque en blanco extendido durante la campaña puede hacerse efectivo tras las elecciones e ignorarse sólo en caso de que surja algún peligro político.

Obama y Clinton, a favor del libre comercio

Comparando la retórica con la realidad de sus posiciones anteriores y otros indicadores, pensamos que protestan demasiado. Ausente la cuestión de Colombia, en la que las posiciones demócratas están fuertemente condicionadas por temas de derechos humanos, tanto el senador Obama y Clinton, como primera dama y senadora, son precavidos y defienden el libre comercio de forma intermitente. Los expertos en cuestiones de comercio, incluidos los del establishment del Council on Foreign Relations y los ultraliberales de The CATO Institute, consideran a Obama como un defensor instintivo del libre comercio, mucho más que Clinton. Sin embargo, pese a su historial de voto y su retórica reciente ligeramente más proteccionista que la de Obama, la campaña de Clinton acoge a ex oficiales de la anterior administración de la presidencia de su marido, como el ex secretario del Tesoro Robert E. Rubin, que son entusiastas defensores del libre comercio. Y a pesar de las negaciones y de la poco honesta afirmación en su debate del 26 de febrero con Obama de que "Sabes bien que he sido crítica del TLC desde el principio", en varias ocasiones Clinton ha apoyado el TLC durante el mandato de su marido. En 1994 ella ayudó a bloquear la oposición al TLC de grupos sindicalistas y ambientalistas. En 2004, declaró en una rueda de prensa que el TLC "de forma global ha sido bueno para Nueva York y para América" y en septiembre de 2006 todavía defendía la promoción que su marido hacía del acuerdo de los tres países: "Todo el mundo está a favor del comercio justo y creo que el TLC ha probado su valor".²

Como es de público conocimiento, ambos candidatos apoyaron el acuerdo de libre comercio de 2006 con Omán, que fue bastante impopular en los círculos demócratas, y el acuerdo de libre comercio con Perú de 2007, que no apoyaba ninguno de los principales grupos sindicales o ambientales, pero era favorecido por una mayoría de congresistas demócratas. (Nota: ambos evitaron convenientemente el voto del Senado). Con anterioridad a que Obama llegara al Senado, Clinton, como primera dama y aspirante al Senado, hizo campaña a favor del acuerdo de Relaciones de Normalización Comercial Permanente con China (2000). También votó a favor de la normalización comercial con tarifas paritarias con Vietnam en 2001 y de los tratados de libre comercio con Singapur y Chile en 2003.

A pesar de la escalada de la retórica en contra del libre comercio, ambas campañas se han visto comprometidas por signos de fractura en sus filas en torno a sus declaraciones proteccionistas. En marzo, el principal consejero económico de Obama, Austan Goolsbee, rebajó las afirmaciones anti TLC de Obama frente a funcionarios canadienses. Un informe del consulado canadiense en Chicago le citó diciendo que la posición de Obama "refleja más la capacidad de maniobra política que de las prácticas políticas". Aunque la campaña de Obama ha afirmado que Goolsbee fue malinterpretado, se ha mantenido la sospecha de que ha habido algún mensaje sutil de que la retórica de la campaña de Obama -al menos en lo que a comercio se refiere- no debe tomarse demasiado literalmente. En abril, Clinton profundizó su pérdida de credibilidad cuando se hizo público que el responsable de estrategia de su campaña, Mark Penn, había estado implicado en la defensa del proyecto de ley de Libre Comercio con Colombia. Al mismo tiempo, se recordó a los votantes que su marido Bill había recibido considerables sumas por sus esfuerzos en favor del acuerdo. Todo ello se desarrollaba mientras ella denunciaba el tratado propuesto en su campaña en Ohio y Pennsylvania.

Muchos analistas económicos, incluyendo los progresistas, creen que el TLC (y la cuestión general del libre comercio en América Latina) no es el monstruo que han pintado los demócratas. Otras fuerzas en el mundo globalizado, al igual que algunas tendencias en la economía interna pueden ser factores más críticos a la hora de explicar los actuales problemas del empleo en

² Associated Press, "Obama Hits Clinton on NAFTA Support," Feb. 24, 2008. Clinton teleconferencia, enero 5, 2004; "Obama Camp: Clinton Owes Apology Over NAFTA Comments", *Huffington Post*, 20 marzo 2008.

Estados Unidos. Las dificultades en Ohio probablemente tienen más que ver con la reducción de la influencia económica del sector de automoción que con el libre comercio. Y América Latina sólo tiene un papel secundario respecto de Asia -China en concreto, con un marcado superávit comercial con Estados Unidos que triplica el de México- en la reducción de la actividad productiva estadounidense.

Según la Oficina Presupuestaria del Congreso, el TLC ha tenido unos resultados mixtos durante los últimos catorce años. Un grupo de trabajo del Council on Foreign Relations informó en 2005 que el TLC ha “transformado México, pero también ha profundizado y ha hecho más visibles las fracturas que existen en el país”. Las diferencias de los subsidios a los agricultores entre Estados Unidos y México han golpeado a los productores mexicanos de maíz con especial dureza, ha generado presión en el entorno rural y ha exacerbado los problemas de inmigración. La inmigración ilegal de México a Estados Unidos, que se suponía descendería como un efecto colateral del TLC, de hecho ha aumentado desde la entrada en vigor del acuerdo. Hasta ahora, los candidatos no han logrado abordar suficientemente los efectos más amplios y más complejos del TLC.

Reflexiones finales

Las primarias demócratas se debaten entre dos candidatos con visiones similares y que en ocasiones se solapan en muchos asuntos políticos. Un editorial de The Financial Times del 21 de abril señalaba que “las diferencias políticas de los candidatos parecen pequeñas y en realidad son incluso menores”. Sus posiciones “antiliberales” sobre el libre comercio han carecido de matices y concreción en su mayor parte. Sus historiales de voto a favor y en contra han tenido muchas variaciones. En contraste, John McCain ha sido completamente fiable y sin ambigüedades sobre su apoyo total y sin fisuras hacia el libre comercio y su convencimiento acerca de sus beneficios.

En cambio, a través de las indefinidas actitudes de los candidatos demócratas podemos discernir dos factores básicos que nos ayuden a calcular la importancia de sus potenciales presidencias a partir de sus posiciones pasadas y su retórica en este asunto central para el continente.

Primero, en base a sus anteriores actuaciones, prestarán más atención a los inconvenientes de los acuerdos de libre comercio en Estados Unidos y probablemente también en el exterior, y menor voluntad de suscribirlos sin garantías. En paralelo, son menos proteccionistas que muchos otros miembros del partido, como el anterior aspirante presidencial John Edwards, y probablemente actuarán para estabilizar el vacilante apoyo del Partido Demócrata a los acuerdos de libre comercio. Segundo, un asunto más espinoso para Clinton que para Obama, ya sea en la liberalización comercial o en las opciones de política exterior, es la credibilidad de la senadora de Nueva York y su coherencia. Ella ha carecido de consistencia en su valoración del TLC. Clinton ha sido una crítica menos visible y fiable que Obama en el acuerdo de libre comercio con Colombia (tema de un segundo artículo). Además, aquellos que la rodean y a los que consulta regularmente han contradicho sus posiciones públicas en aspectos significativos. Mientras que la senadora Clinton tendrá que demostrar algunas de sus afirmaciones en la campaña, simplemente existen más dudas sobre si podría mantener algunas de sus posiciones recientes. Es de esperar que el senador Obama hiciera gala de menos contradicciones en relación al tema, aunque, como ha indicado su historial de voto, debería ser más cauto y cuidadoso como defensor del libre comercio.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org